

# Gide

en la perspectiva  
del psicoanálisis

Juan Fernando Pérez

*Todas la cosas ya fueron dichas,  
pero como nadie escucha  
es preciso comenzar de nuevo.*

André Gide

## Las evoluciones del gusto y Gide

Los escritores en general son leídos según los gustos de los tiempos. La anterior es una forma quizá menos ligera, más conveniente de hablar de las modas. Cada momento de la vida colectiva conlleva sus gustos y a ello no escapan completamente ni los espíritus más críticos, ni los opositoristas de oficio, ni los menos sensibles a las corrientes de un período específico. Gide puede servir como ilustración de este importante fenómeno, a través del cual, cabe destacarlo, se fijan las prioridades de un lapso histórico determinado, bien sea las de algún momento breve o las de una época. Y nótese en lo dicho cuál es entonces la función del gusto: establecer prioridades, lo cual muestra la importancia decisiva de ese sentido en el orden humano, como bien lo ha entendido, por ejemplo, el discurso capitalista.

En esa perspectiva, considérese el siguiente juicio de algún historiador literario del siglo pasado: “Para muchos, Gide fue la figura más grande de las letras francesas y también una de las más discutidas y probablemente el escritor que más profunda influencia ejerció sobre la juventud francesa que vivió entre las dos [grandes] guerras [del siglo XX]”. Es un juicio quizás excesivo, pero que muestra bien quién fue Gide para sus contemporáneos, y aun cómo puede ejercer todavía una influencia en nuestro tiempo a través de otros. En efecto, fue un escritor muy relevante, en especial a partir de la primera o segunda décadas del siglo pasado, cuando Gide comienza a ocupar un sitio de honor en la literatura francesa, hecho vigente aproximadamente hasta finales de los años 60, incluso más allá de Francia. Es por ello que fue objeto de todo tipo de referencias, de estudios, biografías, y por lo cual recibió el Premio Nobel de Literatura, un poco antes de su muerte, en 1947. Se le consideró pues, sin vacilaciones, un faro de la literatura universal.

¿Por qué, luego de tanta gloria y reconocimiento, y en un tiempo más bien corto, ha llegado a ser casi un desconocido —en especial fuera de Francia—, al menos para un vasto público? Anoto, sin embargo, que en Francia sigue siendo leído y objeto de estudios múltiples, si bien no con el entusiasmo de antes. Es posible

hacer una prueba hoy entre gentes ilustradas no francesas, y solicitarles que señalen un puñado de nombres de los grandes escritores del siglo XX. Hecha ésta, en ninguna respuesta aparecerá el nombre de Gide. Si esta pregunta hubiese sido formulada entre los años 40 o 50, es seguro que en esos listados casi siempre figuraría Gide. Conviene no olvidar al respecto que, de todas formas, hay nombres que logran superar esa lógica del gusto vigente en un momento determinado, que van más allá de aquello que es posible llamar la inestabilidad de los gustos. En ese sentido señalo que, en cuanto concierne al siglo XX, es posible afirmar que han entrado a hacer parte de los inmortales nombres como los de Proust, Ibsen, Kafka, Joyce, Thomas Mann, Borges y algunos más, que no el de Gide, lo cual habla de que en la exaltación de un escritor cuenta igualmente algo más que el gusto reinante en un período específico.

Esto plantea la pregunta, entre otras, por aquello que determina que en un momento particular un escritor sea elevado a la cima, si bien éste puede carecer de la fuerza necesaria para atravesar los tiempos. Al respecto es posible decir que para lograr la aceptación de su momento histórico debe haber en la obra algo que implique una conexión significativa con requerimientos importantes de ese período, sin que éstos lleguen a tener necesariamente la misma significación después. A partir de allí es posible construir una hipótesis plausible a propósito de la pérdida de significación y de reconocimiento de Gide.

¿Acaso Gide es un autor que estaba llamado, esencialmente, a cumplir un papel de eslabón en la transición de dos generaciones, tránsito que, una vez cumplido, hace caduca, al menos en parte, su obra, su estilo y aun sus proposiciones? Si influyó de tal manera en los jóvenes y en los menos jóvenes de su época, ¿lo hizo en tanto eran más sus ideas que su fuerza narrativa aquello que despertó el interés por su producción?

Gide fue un autor fértil y polifacético, que cultivó no sólo la ficción sino también la crónica, la crítica literaria, el ensayo, el género epistolar (destinado, como se ha demostrado, finalmente al gran público), el diario personal y otras formas de la escritura. En todos esos géneros su estilo, claro, elegante e ilustrado, suscita a menudo la

admiración de sus lectores y, a no dudarlo, el hecho jugó un papel en los reconocimientos que le fueron dados, entre ellos el Premio Nobel de Literatura, que recibió cuando ya era un anciano. Fue alabado con veneración y vituperado con extrema severidad por sus posiciones, valientes y visionarias con toda seguridad; por sus críticas a las infamias cometidas bajo el colonialismo francés en el África; por su defensa de la legitimidad de la homosexualidad como forma de existencia; por su cuestionamiento a la Unión Soviética, a pesar de su proximidad a los medios comunistas, y por otros hechos que hizo causas suyas. En ese sentido cabe destacar que sus obras eran a la vez fenómenos literarios y motivos de escándalo. Quizá la elegancia de su prosa y el carácter polémico de sus tesis le impusieron la fama, y tal vez sea el favor social que luego alcanzaron esas causas lo que le significó el declive de un interés amplio en su producción, en la medida en que lo que está más vigente de su obra sería especialmente su estilo, su erudición, algunos de sus juicios literarios y el resultado de algunas de sus valientes luchas, también emprendidas por muchos otros.

Quizás este texto alcance a elucidar hechos como los señalados y otros tales como si, por ejemplo, Gide fue verdaderamente un novelista o no. Hay quienes afirman que su mejor trabajo de ficción (la novela, traducida al español con un título un poco infortunado, *Los monederos falsos*) no alcanza a ser en realidad una novela y que otras novelas suyas no lo son en forma aún más clara. *El viaje de Urien*, por ejemplo, es una historia demasiado simbólica como para despertar el interés espontáneo por el relato mismo, a pesar de la inteligencia en la elección de ciertos elementos de la obra, o del bello estilo de Gide, muy presente allí. Y es sabido que es diferente ser un buen narrador que tener una bella pluma. Para algunos, Balzac, por ejemplo, es uno de los más grandes narradores de la literatura del siglo XIX, y sin embargo su escritura carece de la pureza y del brillo que alcanza en otros escritores aun menos eminentes que Gide.

¿Era pues Gide un buen narrador? Las historias que cuenta y que conozco, parecen estar demasiado impregnadas del propósito de hablar más de su verdad y de la de otros, que de cons-

truir ficciones verosímiles, utilizando todos los recursos que ello implica. Esto, a pesar de que afirmaba que: “En arte, donde la expresión es todo lo que cuenta, las ideas sólo parecen jóvenes durante quince días”.<sup>1</sup> Se impuso luchas ante la injusticia o el despotismo, por ejemplo, por lo cual la crónica y el ensayo son formas privilegiadas de su expresión, y no sólo, como queda dicho, trabajó desde la ficción. Ello conforma ya un conjunto donde tal vez se halle la razón del carácter transitorio de Gide en la historia de la literatura universal, que no tal vez de las letras propiamente francesas, de las cuales hoy se le considera un maestro. Volveré a este punto más adelante, desde otro ángulo. Son los críticos quienes sabrán juzgar mejor que yo este hecho. No pretendo explicar el porqué de su fama y de su declive. Me interesan estos hechos por otras razones.

Lo que he indicado permite extraer al menos dos elementos que enmarcaron la vida del escritor, que revelan dos rasgos importantes de su carácter y de su trabajo, acerca de los cuales quiero señalar algunos puntos: la finura de su estilo como escritor y el escándalo que le rodeó muy a menudo. Estos dos rasgos me permiten referirme a Gide como sujeto y como hombre de letras, desde una perspectiva psicoanalítica.

### **La formación intelectual de Gide y el padre**

Gide procedía de una rica familia por vía materna, y de una aristocrática y de tradición intelectual por vía paterna. Su padre fue profesor de Derecho en la Universidad de París, y otros miembros de su familia paterna poseían relaciones refinadas con la cultura y con las ideas. De él, Gide decía que se “destacaba por su encanto, alegría, tolerancia [y] cultura intelectual”, y agregaba: “Es de parte de él y no de mi madre, que tengo pasión por las letras”, según cita Jean Delay, uno de sus biógrafos. Es, pues, a partir de la identificación con el padre en el plano intelectual que ya desde sus primeras relaciones escolares comenzó a manifestar con sus camaradas claros intereses por los libros y por la cultura. Pronto (antes de los 18 años) se vinculó con un círculo de destacados intelectuales parisinos encabezados por Mallarmé, entre los cuales estaban Valery, Paul Claudel y otros

escritores que tuvieron una importante figuración en la literatura francesa del siglo XX. Estos se reunían los miércoles en la casa de Mallarmé y con varios de ellos Gide trabó amistades significativas; de ese círculo recibió, en especial del mismo Mallarmé, aliento para dedicarse a la literatura. Fue ese el medio que estimuló su pasión por la singularidad en las ideas, y los ambientes intelectuales que frecuentó en adelante terminaron por depurar su relación con las letras clásicas, de las cuales, en su obra, dio prueba de un conocimiento excelso.

Es de notar que su vida intelectual está marcada por relaciones masculinas y que raras veces entabló relaciones intelectuales fuertes con mujeres, con las cuales, sin embargo, tuvo vínculos muy importantes. Puede, por tanto, afirmarse que el mundo de las letras es el mundo que él construye desde la influencia de su padre, y que ello tendrá una incidencia específica en las características de su producción.

Jean Delay, el biógrafo citado, afirma: “La risa sonora de su padre, sin ser vulgar (...) dejó una fuerte marca en André como ‘el divertimento extremo que la vida da al alma naturalmente’, mientras que su madre nunca reía. ‘Mi padre, decía Gide, vagaba y se divertía de todo. Mi madre, consciente de la hora, nos apresuraba en vano’. El padre sabía [pues] disfrutar de la belleza del momento”. Se condensa allí en gran medida quién fue André para cada uno de sus padres.

Hay pues dos ejes diferenciados y definidos en Gide: de un lado, el del disfrute de las posibilidades que reconoce en el mundo, de la belleza

de las cosas y de la elegancia de las letras, que es el lado del padre y aun de lo masculino. Del otro, el de la seriedad y el deber, que es el de la madre. Si bien ello se podrá reconocer en su trabajo, ésta es sólo una base de una estructura que tiene complejidades adicionales.

En sus primeros recuerdos se reconoce una cierta fascinación del hijo con su padre. Paul Gide llamaba a su hijo “pequeño amigo-amiguito”, según precisa uno de sus biógrafos. ¿Acaso el recuerdo de este apelativo cobró alguna significación profunda e inesperada para el niño? Hay que recordar que *petit ami* en francés significa a la vez “amiguito” y “novio”, y que era así entonces como le llamaba ese padre cordial y desprevenido. Agrego que el padre se caracterizaba también por carecer de fuerza suficiente ante la madre, quien siempre severa, vigilante y muy presente en la vida de André, hacía un profundo contraste con su marido para el hijo.

Conviene añadir que este padre era también un ser sustancialmente ajeno al deseo de la madre; algunos estudiosos de la vida de Gide afirman que la distancia entre los dos esposos era completa en cuanto hace a la vida marital, hecho que se puede tener por cierto. Y esa distancia implicó además la ausencia de una verdadera autoridad del padre ante su hijo, ejercida ciertamente sólo por la madre. No ha de sorprender entonces que André haya siempre revestido en su memoria a su padre de tonos pasteles, según ha sido señalado por algunos como la imagen que condensa la impronta de ese padre en su hijo.



## Del amor y el deseo en la vida y obra de Gide

Ahora bien, conviene destacar un hecho fundamental de la estructura subjetiva del escritor: su carácter de homosexual pedófilo. Señalaré algunos elementos adicionales para considerar el hecho, el cual no exime, sino que por el contrario, subraya, la importancia que para él tuvieron las mujeres.

En efecto, su universo familiar durante su infancia y adolescencia estuvo esencialmente constituido por mujeres, aun cuando parcialmente cruzado por la presencia de un niño en su infancia (Gide era hijo único, pero por algún período tuvo un amigo cercano, el hijo de los porteros del edificio en que vivió, quienes eran probablemente de origen árabe), por aquel padre cordial y afectuoso (fallecido, sin embargo, cuando André tenía doce años), por el tío Charles Gide (figura de valor para la familia, y personaje de cierto prestigio en la vida parisina, al igual que el padre del escritor). Sostuvo vínculos importantes con varias mujeres, y siempre ellas jugaron un papel de primer orden en varios planos de su existencia. Se casó, tuvo relaciones sexuales con algunas de ellas (nunca con su esposa Madelaine), tuvo una hija y nietos. También es de notar que, en su obra, las mujeres ocupan lugares preponderantes de varias maneras. Por lo tanto, para comprender quién era Gide desde la perspectiva propuesta, es necesario saber quiénes son estas mujeres, cuáles son los lugares que ocupan ellas para él, cómo participan en diversos campos de su mundo.

Lacan, en parte basado en Jean Delay, ha llamado la atención respecto de la significación particular que tienen aquellas a quienes llamó “las tres magas” de la vida de Gide: su madre Juliette, su prima-esposa Madelaine y su tía (la madre de Madelaine, Mathilde, personaje, por cierto, hartamente singular, quien sedujo alguna vez a André siendo éste aún un niño). Quizás haya que añadir a éstas (aun cuando ya no a título de “magas”) otros nombres femeninos, pero éstos son los fundamentales.

Llamo la atención acerca de la designación de “magas” que Lacan les asigna a aquellas tres mujeres, en tanto, cada una de ellas, y desde un

ángulo diferente, va a jugar un papel decisivo en cuanto a la posición de Gide ante la sexualidad, sin que el padre tuviera ni la fuerza ni el deseo para introducir un efecto diferente en él, al del amor por las letras, y a lo que el escritor llamó en su padre el deleite por la “extrema dulzura”.

Como queda indicado, de su madre destacaba su pesada gravedad, su austeridad, su mirada triste, la autoridad que desplegabla en forma permanente y el sagrado culto que tenía en cuanto a ejercer una moral rígida en todo acto. A ello se debe agregar la existencia de un amor cierto, inquebrantable y firme hacia su hijo; esto, a pesar de que, según se sabe hoy, nunca deseó tener un hijo.

De la madre, Juliette Rondeaux, conocedores de la vida y obra de Gide coinciden en destacar su manera de relacionarse con su hijo y que Lacan llama su “maternaje moral”.<sup>2</sup> Forjada en tradiciones protestantes, fue depositaria de una suerte de misión por su familia, como todas las otras mujeres de la casa paterna: cuidar del hogar exaltando el deber, aun por encima del amor, con lo cual marcó una radical diferencia con el padre de su hijo, intelectual católico y liberal.

En esa lógica, varias de las obras de Gide son concebidas y escritas como un deber profundo e inapelable, y translucen la huella que dejó en él aquella madre severa y comprometida con la causa de la moralidad del mundo. Añado que el escritor le dirigió a su madre una correspondencia amplia y exquisita en muchos planos según se dice, destinada en realidad a la posteridad.

Como se puede reconocer en lo indicado, amor y cualquier asomo de sensualidad se hallaban disociados en la madre de Gide respecto de su hijo. Es desde esa escisión que se fijará la radical separación que se registra en el sujeto Gide entre el amor y el disfrute erótico. Ello ha hecho pertinente formular la siguiente pregunta acerca del escritor: “¿Qué acceso a la mujer permitió esta madre a su hijo?”. Se puede constatar en la vida de Gide que las mujeres serán consideradas esencialmente en función del deber y del amor, pero siempre sin sensualidad. Incluso cuando decidió tener un hijo, lo hizo de esa manera: como un deber para preservar su estirpe,

hecho, por lo demás, anticipado en el título de uno de sus escritos: *Si la semilla no muere*. A la inversa, los hombres serán considerados desde el plano estético o intelectual, pero situando en ese campo la posibilidad del disfrute erótico donde propiamente el amor estará ajeno. Esta escisión entre disfrute y amor definirá la existencia y, en parte no despreciable, la obra del escritor.

En esa perspectiva, quizá no sorprenda ya que su esposa Madelaine se convirtiera en el objeto de un amor calificable de lo que se conoce como *amor cortés* y el cual, en tanto tal, estuvo siempre exento de cualquier expresión directa de la sexualidad. Realizó con ella lo que se conoce como un “matrimonio blanco”. Gide comparó su amor por Madelaine con el de Dante por Beatriz, que algunos asemejan a los amores de Proust, de Nerval y de Hölderlin por sus amadas.

En ello será posible reconocer el tipo de pareja que establecen cierto tipo de homosexuales, quienes aman, auténticamente, a quienes son sus mujeres, pero sin unir en un mismo ser, en ningún caso, el amor y el goce erótico. Es un hecho importante a subrayar, puesto que a menudo hay un cierto extravío en la forma de concebir las características de un tipo de homosexualidad como la de Gide.

### Una escena decisiva

Biógrafos como Eric Marty<sup>3</sup> y varios psicoanalistas, Lacan en primer lugar, han mostrado la importancia capital de una escena en la vida de Gide. Cuando éste tiene 13 años asiste en cierta ocasión a la casa de su prima Madelaine, y desde ese instante va a quedar ata-

do irremediablemente a ella, quien en ese momento tiene 15 años. Se trata de una escena clave para la comprensión de no pocos aspectos de la vida del escritor.

André llega desde París a la casa de sus tíos, en el norte de Francia. Al entrar, ve a su prima Madelaine, de rodillas, orando y en medio de las lágrimas. Sabrá casi de inmediato que ella ha observado que su madre, Mathilde, gozaba con su amante en la ausencia de su amado padre. Aquella figura piadosa y sollozante de Madelaine apresará desde ese instante a André en un amor desbordante. Sabe desde ya que Madelaine es la única mujer con quien podrá casarse e inicia un penoso recorrido para lograr conseguir la mano de su prima.

Acerca de la escena, Lacan hace varios esclarecimientos que es necesario tener en cuenta. Lo hace, por lo demás, a partir de las referencias del propio Gide, tan inclinado a no disimular “sus más febriles fascinaciones”<sup>4</sup> al decir de Lacan, esto es, a no disimular su intimidad. El hecho permite seguir en su producción la naturaleza de su alma, en la cual ocupa un lugar preferencial aquel momento ante Madelaine. Lo narrará en varias ocasiones en sus obras.

Así, en *La puerta estrecha*, uno de sus textos, cuenta lo siguiente: “Ese instante decidí mi vida” cuenta Jérôme, el personaje. Y continúa: “No puedo aún hoy recordarla sin angustia. Sin duda yo no comprendía sino imperfectamente la causa de la tristeza de Alissa [es decir de Madelaine] pero sentía intensamente que esta tristeza era mucho más fuerte para esta pequeña alma palpitante, para este frágil cuerpo

André Gide  
L'immoraliste



ANDRÉ GIDE

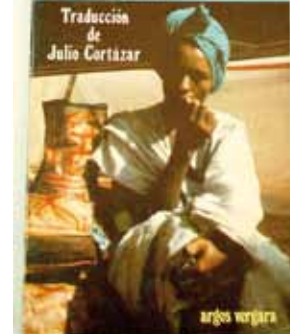
Viaje al Congo

Envers qu'on dit et nous



Libro 08  
André Gide  
El inmoralista

Traducción  
de  
Julio Cortázar



completamente sacudido por los sollozos”.<sup>5</sup> En *Los monederos falsos* aparecerá de nuevo la escena con otros personajes, así como en su *Diario*. La constante será siempre la visión de aquella tristeza sollozante y piadosa, que reina en un cuerpo frágil y que decide su vida.

Lacan se pregunta, a propósito de aquel instante, por qué se fija en Gide de tal manera una cita tan definitiva con su destino: “¿Qué es, dice, aquella ‘ebriedad de amor, de piedad, de indistinta mezcla de entusiasmo, abnegación y virtud’, en la que llama a Dios para ‘ofrecerse, no concibiendo ya otro fin para su vida que el de proteger a ese niño contra el miedo, contra el mal, contra la vida?’”.<sup>6</sup> La pregunta contiene referencias a la escena, en donde Gide habla más de un niño que de una niña, detalle no desprovisto de interés. Se trata siempre, sin embargo, de Madelaine.

Que la complejidad de lo que se halla en juego no impida su comprensión. Esa complejidad ciertamente obliga a desplazarse con cautela en medio de aquel entrecruzamiento de caminos, al cual confluyen asuntos múltiples, ambiguos y esenciales del alma del muchacho, para determinar el curso de su historia en adelante. Lacan avanza allí con la ayuda de Delay y de todas las referencias posibles que pudo allegar de la obra del escritor para proponer una interpretación de la escena.

Ante todo, parte del hecho que la escena no se trata de algún evento circunstancial que la inventiva literaria transformó luego en esencial por razones narrativas. Existen no pocos testimonios que corroboran que lo atribuido a algunos personajes fue vivido por André, y que el impacto que recibió allí fue cierto y decisivo. ¿Cuáles son entonces las piezas que componen aquel acontecimiento?

Es clara la aparición en el muchacho, en aquel instante, de una vocación para proteger a su prima. Hay pues en la escena la presencia, en otro plano, de la persona que suscita el sufrimiento en ella. Tal persona no es otra que la tía, la madre de Madelaine.

André ha llegado a la casa a instancias de la tía Mathilde, quien le ha llamado, dice Lacan, “con todo el atractivo de lo clandestino”.<sup>7</sup> No es pues la prima sino la tía el motivo del viaje del muchacho. Y dispuesto ya a ingresar en aquella casa, lugar revestido de afectos e impulsos encontrados, de

repente tropieza con un ser adolorido y piadoso, que le coloca de inmediato ante sí y ante ciertas huellas, preceptos e imágenes de su madre. Me refiero a las del amor a Dios, la mirada triste, el rechazo de la carne y el deber. Surge así ante él el ideal del ángel, que tantas veces va a asociar con Madelaine y al que, según la expresión de Lacan, “un contacto impuro no podrá ni rozar”.<sup>8</sup>

La contingencia allí es decisiva, como lo es no pocas veces en la vida de los humanos. El acontecimiento imprevisto, que altera los propósitos originales, va a suscitar en él, de repente y para siempre, un amor infinito por aquel ángel que allí emerge, el cual además no carecerá de enlaces con la muerte y de quien Lacan ha dicho que “ha sido el colmo del amor; si amar es dar lo que no se tiene y si él [Gide] le ha dado la inmortalidad”.<sup>9</sup>

He allí cómo se produjo la orientación de la vida de aquel muchacho que en adelante hará del amor un sentimiento sólo posible de entregar a su ángel, para dejar los goces de la carne sólo para los muchachos de piel oscura, que seguramente evocaban en él los juegos infantiles en los que, debajo de una mesa de su casa, se masturbaba con otro niño, éste de piel oscura. Será necesario examinar en ocasión más propicia cómo ello impregna su obra, en especial aquellos textos en donde reconoce la barbarie de los franceses en sus colonias africanas, o aquellos otros en los que los viajes se unen al encuentro con la homosexualidad.

Es por lo anterior que cobra toda su importancia el caso Gide (¿sólo para el psicoanálisis?), en la medida en que el escritor se interesa radical y profundamente en su singularidad, como lo ha subrayado Lacan. Va por tanto a narrar todo aquello que impregna verdaderamente su alma y a definir los elementos más esenciales de esa singularidad, para darle a su estilo y a su obra los tonos más propios de la misma. De allí es de donde emana su sentido de aristócrata, que en él no significa decadencia, ni refinamiento cursi, o arrogancia banal, sino el cultivo y el interés por la singularidad más decisiva. Y ha de saberse, por ejemplo, que ello llega al extremo de no poder escribir sin mirarse en un espejo, y que para el efecto colocó un vidrio grueso so-

bre su mesa de trabajo, de tal manera que cada trazo de su pluma estuviese alternado con una mirada a su rostro.<sup>10</sup>

### Nota sobre el estilo de Gide

Retomo en este punto un hecho que dejé apenas indicado atrás y con el cual concluiré: el carácter de maestro de la lengua francesa que es Gide. No me refiero a su carácter de narrador, sino a la naturaleza de su estilo, al uso exquisito que le da a la lengua; si se quiere, a la dimensión poética y ejemplar de su estilo, a aquello que condujo a la Academia Francesa a nombrarlo uno de sus miembros, cuando el escritor tenía 77 años, honor, por lo demás, que Gide rechazó.

Al respecto es preciso decir, de una parte, que existe un acuerdo generalizado, al menos en Francia, acerca de ese carácter magistral de Gide en cuanto al uso de la lengua; y de otra, que un maestro es aquel que da normas. De alguna manera resulta paradójico que un hombre tan profundamente irreverente como Gide, un hombre que rompe tabúes, que se insurrecta contra amos, normas y costumbres diversas, que hizo de la pedofilia uno de los ejes de su vida, es decir, que violenta de manera tal las normas, en especial aquellas que imperan en la sexualidad, pueda ser considerado como un maestro. Pero lo es en aquel ámbito que nos cobija a todos, el de la lengua. Anoto de paso que la actualidad e importancia del tema permitiría no pocas consideraciones de interés múltiple.<sup>11</sup> Pero me refiero aquí tan sólo a Gide como escritor.

¿Por qué es posible afirmar que Gide es un maestro? Para responder a la cuestión sumariamente, estimo que lo es en el sentido de que enseña, de manera muy elocuente, cómo una lengua progresa, cómo se consolida, cómo se enriquece. Sostuvo, y lo practicó, que cuando se es capaz de hacer un uso calculado de la equívocación, una lengua progresa. De tal manera, innovó en la lengua francesa y pudo demostrar cómo la gran escritura no puede ser sólo el respeto académico de las normas. Tal vez por ello rechazó ciertos honores que le fueron ofrecidos.

Gide sostuvo polémicas de diverso tipo; esto ya ha sido destacado aquí. Una de ellas fue defender a escritores como Baudelaire frente a

los críticos convencionales de la lengua, cuando Baudelaire aún no era plenamente reconocido como un gran poeta de Francia. Lo defendió de aquellos que sólo veían poesía en ciertos usos tradicionales de la lengua. Gide va a demostrar que es únicamente en el uso audaz de la pluma, uso nutrido, sin embargo, de tradición y de saber hacer, que una lengua se renueva y se hace más densa y bella.

¿Acaso será posible ver desde allí, en Gide, a alguien que fue capaz de extraer de sus goces más abyectos la fuerza para no hacer de ello siempre una forma de perversión y desde allí lograr desplegar sus posibilidades poéticas en la escritura? ■

---

Juan Fernando Pérez (Colombia)

Psicoanalista. DEA en Psicoanálisis y Campo Freudiano, Universidad de París VIII. Fue profesor titular de la Universidad de Antioquia, adscrito al Departamento de Psicoanálisis. Miembro de la Nueva Escuela Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Autor de artículos y textos de psicoanálisis que han tenido difusión en América Latina y Europa.

### Notas

<sup>1</sup> Citado por Jacques-Alain Miller, en: *Los usos del lapsus*. Buenos Aires: Paidós, 2004, p. 76.

<sup>2</sup> Jacques Lacan. "Juventud de Gide, o la letra y el deseo", en: *Escritos 2*, México: Siglo XXI, 1985, p. 726.

<sup>3</sup> Eric Marty. *André Gide. Qui êtes-vous?* Lyon: La manufacture, 1987, pp. 38-39.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 733.

<sup>5</sup> Citado por Marty, op. cit., pp. 38-39. Este fragmento ha sido traducido por J. F. Pérez.

<sup>6</sup> Lacan, op. cit., p. 733.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 733.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 734.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 734.

<sup>10</sup> Cf. Marty, op. cit., pp. 25-34.

<sup>11</sup> Ello, en tanto asistimos hoy a un gran debate en muchos lugares del mundo sobre la pedofilia, en parte agitado por el actual reconocimiento público de la pedofilia de tantos curas que abusan de su lugar en las comunidades católicas, en escuelas y colegios. Pero, desde luego, el problema de la pedofilia va mucho más allá. En Colombia es un fenómeno de vastas y graves consecuencias para la sociedad, donde no sólo son los curas quienes se hallan comprometidos en el hecho, sino otro tipo de personas, de muy diversas características. El abuso de niñas y niños por adultos es un hecho muy ampliamente extendido y camuflado, y no pocas veces legitimado con más abuso, con complicidad y con cobardía. Es evidente que el fenómeno participa como causa y como efecto del malestar más profundo y severo de esta sociedad.